ANTONIO MORENO

El fanzine que atesora un pequeño museo portátil

'Papermind' no es una publicación normal. No viene encuadernada, en su interior no hay páginas y el formato de cada pieza la decide el colaborador. En definitiva, una bolsa de plástico que contiene 30 obras de arte seriadas. Corran a por su ejemplar, sólo hay 100 por número. Por **Gabriel Trindade**

Hay muchas metáforas que servirían para definir a *Papermind*: cajón de sastre, caja de sorpresas, cápsula del tiempo, etc. Sin embargo, la que más se ajusta a la realidad es la de pequeño museo portátil.

Florituras estilísticas aparte, *Papermind* es un *fanzine*, aunque no tiene nada que ver con la idea que cualquiera tiene de lo que es eso (una revistilla en blanco y negro mal editada). Era imposible que saliera algo de ese estilo cuando detrás de la publicación hay gente de los estudios de diseño Bis Dixit y Zona. Ahora, también es cierto que poco era de esperar que apareciera un producto así.

Papermind viene en una bolsa de plástico, como si fuera un sobre sorpresa Montaplex. En lugar de soldaditos o indios y vaqueros, Juan Cardosa y Carlos Murillo, coordinadores del proyecto, rellenan su contenido con las producciones artísticas que sus colaboradores realizan. «Sólo existen 100 ejemplares de cada número. Nuestros colaboradores crean y se pagan una copia seriada de su obra por cada bolsa. Así, cuando alguien compra un *Papermind*, tiene unas 30 piezas artísticas originales», explica Murillo.

El fanzine nació en 2005 producto de una borrachera. Juan Cardosa recuerda: «Estábamos en un bar cerca del estudio pensando en hacer esto. De repente, vimos la botella de Peppermint y caímos en el juego de palabras con *Papermind*. También nos pareció bastante bueno que fuera una bebida de menta, por lo de refrescante».

Arriba, parte del equipo que realiza 'Papermind'. Abajo, un ejemplar del número 11.

Cinco años después, el fanzine, que se vende en librerías especializadas al precio de 13 euros, va por su número 16 y se ha publicado en ocho ciudades (Barcelona, Santiago de Chile, Lisboa, Rotterdam, Linz, Portbou, Sao Paulo y Vancouver), y ya se prepara la edición de Amsterdam.

Pese al paso del tiempo y las nuevas sedes, los objetivos siguen siendo los mismo. Cardosa cuenta: «Esta publicación tiene como objetivo ser un medio de comunicación para dar libertad creativa, así que apenas tenemos una línea editorial. Es un aliciente para que esa gente que tiene una idea en la cabeza pero no tiene donde llevarla pueda realizarla».

Los dos coordinadores destacan otra faceta del proyecto: lo táctil frente a lo digital. «La gente está cansada de lo informático y busca tener algo real en las manos. Hay saturación de páginas *webs* y *blogs*», asevera Cardosa. En esta línea, Murillo añade: «No unificamos el formato porque queremos que cada pieza conserve sus características originales. Aparte, en el momento que lo pones todo en papel como si fuera una revista, hay piezas que salen ganando y otras que pierden». Ambos insisten en querer desmarcarse de las revistas de tendencias gracias al contenido único y aseguran que, en ningún caso, habrá una pieza de arte impuesta por otros ya que no dependen de nadie más que de ellos mismos.

Por eso, el filtro de las piezas que entran en cada edición de *Papermind* es muy amplio. «Hacemos una convocatoria abierta a gente que sabemos que le interesa este proyecto. Cuando tenemos a los suficientes, cerramos y empezamos a trabajar. Tal vez estamos teniendo éxito por el hecho de ser muy transparentes. Lo hacemos por amor al arte. El subtítulo de la publicación es *the after eight magazine*, porque todos empezamos su producción después de las horas de trabajo», afirma Cardosa.

La confección del *fanzine* recuerda vagamente a la técnica artística del cadaver exquisito. Carlos Murillo reflexiona sobre ello: «Es como cuando los surrealistas juntaban todas aquellas palabras y las ponían aleatoriamente. En cada número, cogemos las diferentes obras que nos presentan nuestros colaboradores y, al final, realizamos un todo común. No hay protagonistas, cada uno contribuye a su manera»

A Contrapelo **POLA OLOIXARAC** ESCRITORA

«Britney Spears es peligrosa, es un disolvente para el cerebro»

JAVIER BLÁNQUEZ

Además de elaborar *Las teorías salvajes* –su posmodernísima y cerebral novela de debut–, la escritora argentina Pola Oloixarac deglute a diario un menú formado por alta y baja cultura, mezcladas a bulto. Lo que se entiende como una *nerd* de tomo y lomo. Quisimos comprobarlo y nos lo demostró.

Pregunta.– ¿En qué lugar de su casa situaría la calavera de Kant para hacer bonito?

Respuesta.– Encima del piano, donde tengo mi gorra de policía.

P.– Su gato puede leer por un día. ¿Qué libro le ofrece?

R.– *Moby Dick*. La idea de cazar una ballena puede interesarle.

P.– Mucha gente que quiere ir de culta y pedante cita frases de la película *Martín (Hache)*. ¿Qué cita del guión odia más?

R.– ¡Jajaja! ¡Nunca la he visto! Tampoco he visto *E.T.*, no sé por qué.

P.– ¿Le sorprendió la salida del armario de Ricky Martín o, como todo el mundo, ya lo sabía?

R.– Me sorprendió más que no hubiera un efecto dominó entre otros cantantes pop latinos.

P.– ¿Qué personaje de *El nombre de la rosa* está inspirado en Borges?

R.– Jorge, el ciego que custodia la biblioteca y proscribe la risa.

P.– ¿Cómo imagina una adaptación al cine de *Las teorías salvajes* por Darren Aronofsky?

R.– Con montaje a la japonesa y *nerds* atormentados. ¡Y números musicales! Conocí a Darren y sé que le encanta Bob Fosse.

P.– ¿Y si en vez de Aronofsky le tocara el guión a Almodóvar?

R.– Nadie como él para filmar a mujeres locas... ¡La caza del profesor sería brutal!

P.– Al morir, tiene la oportunidad de reencarnarse en un Gran Maestro de ajedrez histórico. Elija: Adolf Anderssen, José Raúl Capablanca o Anatoli Kárpov.

R.– Preferiría ser Bobby Fischer, tomarme la medicación y pasar unas temporadas como agente doble, trabajando para la CIA y el KGB.

P.– ¿Con qué canción tiene comprobado que no puede escribir de ninguna manera?

R.– *I'm not a girl, not yet a woman*, de Britney Spears. Es un disolvente para el cerebro, es peligrosa. *Bailar pegados*, de Sergio Dalma, también es peligrosa, pero por otras razones: te programará para aullar «¡delfines!» en algún párrafo inesperado.

CHRISTIAN MAURY